

JUAN LUIS ESPEJO Y LA GENEALOGIA CHILENA*

por

Luis Lira Montt

Académico de Número

Se me ha invitado a participar en el Curso sobre Historiadores e Historiografía Chilena Contemporánea que el Departamento de Ciencias Históricas de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile ha organizado con el objeto de describir, analizar e interpretar la labor de prominentes historiadores chilenos contemporáneos, ya fallecidos, y de visualizar las corrientes de la historiografía nacional.

El tema que se me ha propuesto desarrollar esta tarde lleva por título "Juan Luis Espejo Tapia y la genealogía chilena".

Sean mis primeras palabras portadoras de mi agradecimiento por el alto honor que me brindan los organizadores de este interesante ciclo de extensión para ocupar la tribuna, junto a tan selecto grupo de expositores, y poder sumar así mi modesto aporte al justiciero homenaje recordatorio de la vida y obra de insignes historiadores de nuestra patria, lamentablemente ya desaparecidos, cuya fructífera labor en las disciplinas históricas no sólo merece recordarse, sino que también ha de servir de permanente ejemplo y estímulo para los continuadores en las sendas que ellos con esfuerzo abrieron.

Al evocar la ilustre personalidad de don Juan Luis Espejo, Premio Nacional de Historia 1978, lo hago con profunda emoción y respeto, porque su nombre se inscribe honrosamente entre la pléyade de historiadores chilenos del siglo xx, cuyas figuras se han venido perfilando a través de este curso: Ricardo Latcham, Francisco Antonio Encina, Tomás Thayer Ojeda, Eugenio Pereira Salas, Jaime

*Texto de la clase dictada durante el curso sobre Historiadores e Historiografía chilena contemporánea, patrocinada por la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación de la Universidad de Chile. (Museo Vicuña Mackenna, 4 de julio de 1985).



DON JUAN LUIS ESPEJO TAPIA
*Miembro fundador y Primer Secretario de la
Academia Chilena de la Historia*

(Centro de Documentación "El Mercurio")

Eyzaguirre, Guillermo Feliú Cruz y Ricardo Donoso. Figuras señeras de maestros que enriquecieron la cultura nacional.

Sin embargo, sinceramente pienso que para hacer su elogio como historiador, genealogista y heraldista, habría que haber considerado, antes que a mí, a quienes fueron distinguidos discípulos suyos más cercanos a la esfera de sus actividades y de más vasta versación en ellas, tales como el P. Gabriel Guarda, también Premio Nacional de Historia, de quien recibió directa influencia en la orientación de sus sobresalientes libros sobre la formación de la sociedad valdiviana; o como el académico Isidoro Vázquez de Acuña, uno de los pocos especialistas en la actualidad en ciencia heráldica o del blasón, autor de serios estudios sobre la materia, de preferencia acerca de heráldica municipal y corporativa.

Con todo, en esta ocasión intentaré aproximarme a su labor como genealogista, campo que sin duda fue en el que más descolló y en el que desarrolló una actividad, no sólo notable y de gran caudal, sino que además siempre vinculada con la historia patria. Esta última característica de su obra fue a no dudarse su mayor mérito y la que lo llevó a la cima de sus merecimientos como versado historiador. Concibió la genealogía como una auténtica ciencia auxiliar de la historia y en ello radica la clave de su éxito. Con sobrada razón Feliú Cruz, al dedicarle una monografía biográfica, la tituló: "Juan Luis Espejo, una vida consagrada a la investigación histórica y genealógica".

Antes de abordar el tema central de la presente disertación, esto es, el relativo al historiador y su gravitación en la genealogía chilena, he de trazar, como es de rigor, una sucinta reseña de sus principales rasgos biográficos. Al recopilar sus antecedentes, llama la atención que no es escasa la divulgación escrita existente sobre su persona. Historiadores, escritores y literatos, como Jaime Eyzaguirre, Guillermo Feliú Cruz, Gabriel Guarda, Sergio Fernández Larraín, Hermelo Arabena Williams, Salvador Valdés Morandé, Sergio Martínez Baeza, Isidoro Vázquez de Acuña, Rafael Reyes, Hugo Rodolfo Ramírez, entre otros, han dejado testimonio de su vida y obra en diversas publicaciones, y lo han hecho con admiración y afecto. Y es que a su erudición y altos méritos intelectuales unía una extraordinaria simpatía, una gran amenidad y un carácter afectuoso y espontáneo, prendas personales con que supo granjearse la amistad y estimación de cuantos le conocieron y trataron.

Personalmente, tuve el honor de conocerle hace más de treinta años, cuando ingresé como miembro de número al Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas, prestigiosa institución que hoy me honro en presidir, y a la cual Espejo perteneció desde su fundación en 1948, como miembro honorario fundador, y luego, desde 1979, como su Presidente Honorario hasta la fecha de su fallecimiento. Me cupo el privilegio de ser introducido en este cenáculo de los genealogistas

chilenos por Jaime Eyzaguirre, quien en la primera sesión a que asistí me presentó a don Juan Luis y a otros distinguidos genealogistas de la época. Recuerdo que desde que le fui presentado, me dirigió palabras de estímulo a mi incipiente vocación genealógica, confirmando lo que ha dicho Feliú Cruz: "Amaba a los jóvenes y a aquellos en quienes vislumbraba predisposiciones por los estudios históricos o auxiliares a ellos, los atraía y los animaba a intensificar la vocación".

Asimismo, solía prevenir sobre los peligros que acechan al joven novicio en estas disciplinas si no se cuida en la elección de las fuentes documentales y bibliográficas; como también del riesgo que a veces conlleva esta afición de convertirse en una obsesión exagerada, con descuido de otras actividades y deberes cotidianos.

Sabios consejos que no deben echarse en olvido.

Ya antes Jaime Eyzaguirre me había anticipado sus rasgos humanos más característicos, y su excepcional versación en las ciencias genealógicas y heráldicas, que lo hacían acreedor al título honorífico de Príncipe de los Genealogistas chilenos, similar al que el célebre Luis de Salazar y Castro había gozado en la España del siglo xvii, y que don Juan Luis, con su innata modestia y equilibrado realismo, rechazaba categóricamente.

También disfrutábamos de su amenidad y sapiencia en las tertulias de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en su tradicional casa de la calle Londres, sede donde funciona el Instituto de Investigaciones Genealógicas. Allí, sin hacer gala de erudición, pero con una memoria prodigiosa, nos entregaba abundantes datos sobre las materias abordadas en la conversación o que requerían aclaraciones más profundas. Ibamos así los contertulios comprendiendo mejor el intrincado mundo del período colonial; sus instituciones sociales, militares, concejiles, judiciales y eclesiásticas, la organización administrativa, el ámbito parroquial, forense y notarial y su rica gama documental que se conserva en los archivos. En suma, la íntima relación existente entre los estudios genealógicos y los estudios históricos.

Juan Luis Espejo —como afirma uno de sus biógrafos—, ilustre en la historia y destacado en las letras, es un ejemplo del mejor pasado de Chile. Nacido en Santiago, el 21 de febrero de 1888, tuvo el don de alcanzar una larga existencia, plena de fecundas realizaciones en el orden de la investigación histórica y de la creación literaria. Al morir en la capital, el 3 de febrero de 1983, próximo a cumplir 95 años de edad, gozaba aún de la lucidez intelectual con que Dios le había dotado.

Llegó a este mundo en el hogar formado por D. Juan Nepomuceno Espejo Varas, rector que fue por dilatados años del Instituto Nacional, y su esposa Da. Aurora Tapia Luco, dama vinculada a rancieros abolengos coloniales. En ese distin-

guido hogar, y luego en el Instituto, recibió una sólida formación moral y humanística, que luego se reflejó en sus obras.

Guiado por su docto padre y por insignes maestros, como Diego Barros Arana, Julio Montebruno, Pedro Antonio González y Diego Dublé Urrutia, desde pequeño se inició en el conocimiento de la cultura clásica. La gramática, la retórica y la poesía, las tres columnas en que se asienta la cultura latina, y luego la historia y la literatura española y chilena, fueron dejando huellas indelebles en su personalidad. El mundo del humanismo clásico, que es un modo de ser, de vivir, de pensar y de apreciar la vida, fue su mundo interior. De ahí es que Feliú Cruz, advirtiendo su polifacética idiosincrasia, dijera: "Lo cierto es que Espejo aportaba, a su vez, otras condiciones a la tarea intelectual que había trazado. Tenía una pluma elegante y fácil. Poseía una dicción castiza, correcta, de clásico sabor y modernista estilo. A la seriedad en la investigación, unía una cualidad que no es característica ordinaria del erudito. Era dueño de un humor sano, de una ironía fina zumbona, que le hacía ver el pasado con liviandad, sin oscurecimiento, más bien como una sucesión de hechos que, al parecer serios, solemnes, graves y terribles, dejaban siempre destacarse un lado jocoso a veces, risueño en otras, irónico, por fin".

Pero, paradójicamente, un ser dotado de tales tendencias humanísticas, en la hora de elegir su carrera universitaria optó por las ciencias exactas y del aprovechamiento de la tierra. Después de obtener el bachillerato en Ciencias Físicas y Matemáticas, ingresó a la Escuela de Ingeniería y en 1912 se recibió de Ingeniero Agrónomo. Acaso esta dualidad de tendencias le haya servido para forjarle un criterio equilibrado y ponderado. La precisión de las matemáticas también ha de haber influido en el ordenamiento de sus trabajos y cuadros genealógicos, que se ajustan a un método disciplinado y riguroso, poco común entre la generalidad de los genealogistas.

No pretenderé en esta oportunidad explayarme en los pormenores de su larga existencia, ni en la exposición detallada de sus abundantes publicaciones. Los autores antes aludidos lo han hecho con prolijidad y a ellos me remito. Sólo dejaré consignado que por sus méritos alcanzó las más altas dignidades y galardones. En 1968 la Academia Chilena de la Historia, de la cual fue miembro fundador y primer secretario, le concedió la Medalla de Honor "por su sobresaliente tarea investigadora de más de medio siglo, de preferencia en los estudios genealógicos en que ha conquistado un prestigio de relieve internacional". La Sociedad Chilena de Historia y Geografía, de la cual también fue miembro fundador en 1911, le recibió más tarde como Miembro de Honor. La Real Academia Española de la Historia le hizo Miembro Correspondiente en Chile en 1926, al considerar su labor como del "mayor acercamiento Hispanoamericano". Y finalmente, en 1978 fue agraciado con el Premio Nacional de Historia, el máximo galardón que otorga el Estado a quienes se consagran a ella.

Como he dicho anteriormente, intentaré en esta disertación enfocar el quehacer intelectual del maestro en relación con el complejo campo de la genealogía chilena, pero para ello me limitaré a esbozar a grandes rasgos los aspectos más salientes de la materia.

No obstante, es necesario recalcar que el influjo de Espejo fue más espiritual que docente. Creó a su alrededor una atmósfera de inquietud y de amor por la genealogía y la heráldica, que han sido decisivos en el desenvolvimiento posterior de estas disciplinas. Aconsejó y entregó a las nuevas generaciones de genealogistas un bagaje de valiosos datos, con lo cual formó en cierta manera una escuela de seguidores. Pero no llegó a ejercer la docencia. Al menos en el sentido técnico con que se concibe este concepto.

Se ha afirmado que Chile es un país de historiadores. Del mismo modo lo ha sido de genealogistas. Los ha habido desde el período colonial, como los jesuitas Alonso de Ovalle y Manuel Lacunza; y también los hubo en el siglo XIX, como Ambrosio Valdés Carrera y Benjamín Vicuña Mackenna quien incursionó en este género, por ejemplo, en su libro "Los Lisperguer y la Quintrala". Pero es a partir del presente siglo cuando la genealogía se encauza correctamente hacia una orientación seria, documental, crítica y fundamentada en hechos, y no en vaguedades, en la confusión de filiaciones o en fabulosas leyendas.

En la búsqueda de esta orientación científica ocupan un sitio preeminente las obras fundamentales de Domingo Amunátegui Solar "Mayorazgos y Títulos de Castilla, la Sociedad Chilena del siglo XVIII" publicada en tres volúmenes, durante los años 1901 a 1904; y las de Tomás Thayer Ojeda, "La Familia Alvarez de Toledo" (1903) y "Los conquistadores de Chile", en tres volúmenes (1908-1913). Con ellas despegó la etapa del crecimiento de una verdadera ciencia genealógica.

La organización de los archivos nacionales, que había comenzado en 1897 Luis Montt, Director de la Biblioteca Nacional, permitió iniciar las catalogaciones e índices de los repositorios documentales más importantes, fuentes a su vez de las investigaciones históricas y genealógicas que desde entonces se emprendieron y fueron en aumento.

Thayer Ojeda, que entró al servicio de la Sección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional en 1902, fue el alma de la catalogación y formación de índices y el más diestro paleógrafo chileno, capaz de descifrar los más inescrutables documentos y escritos de los siglos XVI al XVIII.

Espejo, al dedicarse a la genealogía, haciendo sus primeras investigaciones en los archivos cuando era todavía estudiante, trabajó con él una amistad inalterable y a él le debió en gran parte su formación como investigador. Así como también se la debe a otros insignes historiadores de la época, como José Toribio Medina y

Enrique Matta Vial, este último fundador de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, en cuya Revista don Juan Luis publicó sus primeros trabajos.

En Chile, la historia y la genealogía han marchado de la mano, lo que no ocurre en todas partes. A Espejo y otros historiadores genealogistas se debió la fundación del Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas en 1948, corporación que goza de un alto prestigio tanto en el país como en el exterior. Su órgano oficial, la Revista de Estudios Históricos, con 28 números publicados, goza asimismo de renombre en Hispanoamérica y España por la seriedad de sus publicaciones y solvencia de sus autores, y fue galardonada con el Premio "Duchesne" del Instituto Internacional de Genealogía y Heráldica en 1973.

Fogueados historiadores nacionales, como Encina, Feliú Cruz, Donoso, Hanisch, Campos Harriet, De Ramón, y tantos otros, han comprendido la importancia de la genealogía y han sabido valorar el concurso valioso que ella puede aportar, no sólo a los estudios de historia social, sino también a la historia política, demográfica y económica. Por razón de su oficio se han visto obligados a echar mano de esta ciencia auxiliar en apoyo de sus trabajos.

Pero, también ha sido frecuente el caso inverso; esto es, de la afición genealógica hay quienes han derivado al cultivo de la historia. Ejemplos de ello los encontramos en Jaime Eyzaguirre, Carlos Larraín de Castro, Fernando Márquez de la Plata, Sergio Fernández Larraín, Gabriel Guarda y el propio Espejo, por citar algunos nombres. El conocimiento de la vida y obra de sus antepasados suscitó en ellos el impulso inicial en la vocación por la historia.

Es que nuestra historia patria y su composición social se prestan para esta ligazón entre ambas disciplinas; lo que no sucede, al menos en igual grado, en otras naciones de América, especialmente las de la costa atlántica, donde las continuas corrientes migratorias han contribuido a formar una sociedad nueva de muy dispar origen, cuyos núcleos familiares no guardan relación de parentesco entre sí.

En Chile, en cambio, desde el período hispánico ha existido una homogeneidad de raza y de raíces, y también de tradiciones y costumbres, que se mantienen en el tiempo y que pesan en el presente como fuerzas del pasado. A la lucha entre las fuerzas del pasado, que tratan de sobrevivir a su época, y el progreso que modifica los ideales de la sociedad, ha aludido el historiador Gonzalo Bulnes. Y al referirse al tema, el profesor Manuel Salvat ha dicho: "Chile es un país pequeño, en el que casi todos son parientes y en el que muchos de estos parientes guardan en sus casas cartas y documentos que en cualquier momento pueden ser exhibidos para desvirtuar cualquier ataque a la memoria de un antepasado. El pasado tiene una fuerza defensiva enorme".

Lo cierto es que la sociedad chilena ha estado emparentada entre sí por

numerosos y reiterados lazos de consanguinidad desde la primera etapa de su formación. A los conquistadores y primeros pobladores, y luego a sus descendientes, los beneméritos del Reino, las leyes de Indias y la administración española les repartieron las tierras, los solares de las ciudades y villas, las encomiendas de indios y los cargos en los cabildos y las milicias. Esta fue la base de la sociedad colonial, al menos de la clase alta o clase dirigente, llamada nobleza colonial. A ella, en el transcurso del tiempo, se fueron agregando los españoles peninsulares que se radicaron en el país, donde formaron nuevas familias al casarse con damas criollas, descendientes de los conquistadores. En esta forma, y a través del hilo conductor de la mujer, estas nuevas familias quedaron emparentadas con las más antiguas.

De aquí deriva el interesante fenómeno histórico conocido con el nombre de "matriarcado" colonial americano, y que el historiador argentino Lafuente Machaín describe en los siguientes términos: "En Indias fue la mujer, como conservadora de la tradición hispánica heredada de sus mayores y transmitida a sus hijos, quien fijó la posición social del hogar; y mediante ella la familia, con apellido a veces renovado por su enlace con marido peninsular, continuó ocupando el mismo nivel que tuvo la madre dentro del grupo local".

Un buen ejemplo de esta realidad lo he desarrollado en mi estudio titulado "Genealogía de la Venerable Sierva de Dios chilena doña Dorotea de Chopitea y Villota", recién aparecido en los Anales de la Universidad de Chile entre los estudios dedicados al Dr. Rodolfo Oroz. Analizando allí su ascendencia por líneas maternas y árboles de costado, queda patente su entroncamiento con las familias más relevantes de la sociedad santiaguina. El "matriarcado", por otra parte, adquirió mayor fuerza en virtud de la legislación indiana que favorecía a los maridos en sus aspiraciones para obtener encomiendas y empleos públicos, permitiendo acoplar los méritos y servicios de los ascendientes de su cónyuge, en las respectivas oposiciones.

Esta trama de sucesivos y renovados parentescos existentes en el patriciado chileno se continúa advirtiendo en el período de la Independencia y durante la República. Conocido es el caso de la familia de los "ochocientos", los Larraín Salas, en que todas las "presidencias" estaban en ella. A través de sus consortes se encontraban emparentados Juan Enrique Rosales, Francisco Antonio Pérez, Juan Gregorio de las Heras, Antonio José de Irisarri, Juan Mackenna, Ramón Freire y Agustín de Eyzaguirre, encumbrados personajes de la Emancipación.

En la Revista de Estudios Históricos hemos iniciado la publicación de las filiaciones de los Presidentes y Jefes de Estado, del mayor interés genealógico y biográfico. Es sorprendente observar los reiterados vínculos de sangre que exis-

tían entre los próceres, sin contar las veces en que padres e hijos, tíos y sobrinos, ocuparon la primera magistratura de la nación.

Es en este contexto histórico donde se sitúan las obras de Juan Luis Espejo. La más importante y de mayor envergadura es su "Nobiliario de la Antigua Capitanía General de Chile", publicada en dos volúmenes, en 1917 y 1921. Precedida de un sabio Prólogo, donde el autor expone su contenido y alcance, contiene el estudio genealógico de más de 300 linajes y blasones. Una segunda edición, corregida y aumentada, en un volumen, se publicó en 1967.

En elogio de esta notable publicación, Jaime Eyzaguirre ha aseverado: "Nadie que aspire a conocer la Historia de Chile en su etapa española, en la época de la Independencia y en los primeros decenios de su vida republicana puede prescindir de la consulta de Espejo. Porque no es él, como pudiera creerse, un mero repertorio de añejas vanidades que chocan con el espíritu igualitario y reformista de nuestro tiempo, sino el arsenal más completo de noticias sobre la formación de la nacionalidad chilena, desde sus pasos iniciales del siglo XVI hasta por lo menos el primer tercio de la centuria pasada. Sus páginas constituyen el sustrato de una enorme documentación que ha permitido rehacer centenares de biografías y seguir el proceso evolutivo de la sociedad chilena a lo largo de tres siglos. Aquí radica, sin duda, el mérito fundamental de este trabajo, único en su género en Hispanoamérica, donde la vocación por los estudios genealógicos se ha visto a menudo ensombrecida por la falta de espíritu objetivo y de sobriedad en sus cultivadores. El señor Espejo, como historiador nato y hombre de reconocida independencia, se ha situado en una actitud científica inconmovible, que junto con salvar el contenido de la obra, la realza como un investigador de excepcional capacidad y honradez".

En la preparación de esta obra, el autor utilizó preferentemente la recopilación de datos que con paciente laboriosidad de muchos años acumuló en el Archivo Nacional: expedientes judiciales de la Real Audiencia, títulos de tierras de la Capitanía General, Contaduría Mayor, Fondos varios y tantos otros. También los recogidos en archivos parroquiales y en sus peregrinajes por España, procedentes del Archivo General de Indias, en Sevilla, de las Ordenes Militares y de la Inquisición, en Madrid, Reales Chancillerías de Valladolid y Granada, etc. Asimismo, aprovechó las ejecutorias de hidalguía e informaciones impresas de méritos y servicios, que le suministraron para su consulta los poseedores de archivos familiares y privados.

Con este inmenso acervo de fuentes documentales de información, Espejo nos entregó una obra básica para el conocimiento de la genealogía chilena, pero que por cierto tiene obvias limitaciones, inherentes a su propio plan. Como advierte el P. Guarda: "El rigor científico determinó al autor a aplicar en su selección un

criterio minimalista, que sacrifica una mayor vastedad del elenco, en beneficio de la estricta verdad de los datos". En realidad, con un criterio maximalista la obra habría alcanzado una extensión desmesurada, de muchos volúmenes, imposible de abordar por un solo autor.

Para los estudios sobre la materia, esta obra constituye el punto de partida, pero naturalmente debe ser completada por otras que prolonguen el desarrollo de posteriores generaciones y que abarquen mayor número de linajes, y entre éstos no sólo los santiaguinos, sino también los regionales. Demás está decir que al respecto existen importantes y documentados libros, como los de Guillermo de la Cuadra, Juan Mujica, Gustavo Opazo, Gabriel Guarda, Fernández Pradel, P. Mancilla, Allendesalazar, Roa y Urzúa, Díaz Vial, etc.; como también muchísimos trabajos de investigación genealógica publicados en la Revista de Estudios Históricos, referentes a determinadas familias chilenas.

Feliú Cruz, al comentar el título de la obra de Espejo, se pregunta: "Pero ¿qué debemos entender por la expresión "nobiliario"? Ella —afirma— ha sido empleada por extensión, porque la gran mayoría de los apellidos que en el libro figuran nunca fueron nobles, ni antes ni después del establecimiento de la Capitanía General". Sin ser mi ánimo el criticar a este ilustre historiador, creo que al respecto padeció de una confusión de conceptos al considerar que sólo son nobles los linajes que ostentaron títulos de Castilla. La legislación nobiliaria castellana contempla dos clases de nobleza: la titulada y la no titulada. A esta última pertenecían por nacimiento los hidalgos o nobles de sangre, por disposición de las Partidas de Alfonso el Sabio. Ahora bien, los linajes allí tratados en su mayoría fueron hidalgos por su origen en España; o bien, porque en Indias, al cabo de tres generaciones adquirieron nobleza por el ejercicio de cargos nobles, según lo previsto en la citada legislación. De manera que, a mi juicio, la expresión "nobiliario" empleada por el autor es correcta y se ajusta a su contenido intrínseco.

También se ha criticado el criterio elitista en la selección de las familias que en él se tratan. La causa de ello es muy sencilla. Los linajes que más se destacaron en la vida colonial, por su abolengo, por los cargos que ocuparon sus miembros y por la riqueza en tierras y encomiendas, son precisamente los que más documentación han dejado en los archivos: testamentos, cartas dotalas, censos, particiones de bienes, informaciones de nobleza, títulos militares, oposiciones a encomiendas, ejecutorias de hidalguía, certificaciones de blasones, etc. Es decir, se escogieron las estirpes más descollantes, por cuanto han sido las que más huellas dejaron en los repositorios documentales.

Pero hay más. Espejo empleó ex profeso este criterio selectivo, por ser el adecuado por el objeto didáctico del plan de su obra, según se advierte al leer la introducción preliminar. Porque —como observa Feliú Cruz— "no se trata sim-

plemente de un prólogo explicativo del carácter de la obra, sino de una admirable síntesis de los antecedentes, circunstancias y hechos que decidieron los caracteres de la idiosincrasia de la formación de la sociedad chilena”.

Acerca del maestro Juan Luis Espejo y de las proyecciones de su obra, podríamos añadir mucho más, pero las limitaciones del tiempo me lo impiden. Antes de dar término a mis palabras, sin embargo, quisiera agregar unas consideraciones finales sobre la vigencia de la genealogía y las actuales corrientes de los estudios genealógicos.

A la genealogía le corresponde contribuir a la búsqueda de la verdad, al examen de los lazos de parentesco de los personajes del pasado y al descubrimiento de la causalidad histórica, debida algunas veces en no escasa medida a esos parentescos. La presencia de los clanes familiares, las relaciones de ellos con el resto de la sociedad, las amistades y enemistades de familias, sin duda, han influido de alguna manera en el proceso histórico. A la genealogía le compete en parte desentrañar los misterios del comportamiento de la vida de los próceres y figuras protagonistas de la Historia.

La dedicación a la genealogía requiere seriedad, veracidad y humildad y además una cierta dosis de caridad. Seriedad para abordar el estudio con criterio científico y para elegir las fuentes de información. Veracidad en la exposición y desarrollo de las filiaciones, evitando caer en fáciles o tentadoras conclusiones, que no estén debidamente comprobadas. Humildad para aceptar la verdad, no siempre halagadora para el investigador. Y caridad para no divulgar con demasiado énfasis las debilidades humanas que a veces quedan en descubierto en generaciones pretéritas.

El conocimiento genealógico ayuda a sentirse solidario y responsable de la vida del país, de su historia de hoy y de mañana. Entre los tiempos de la Historia señalados por Braudel —el rápido de los acontecimientos cotidianos, el coyuntural de los ciclos económicos o políticos, y el de larga duración de la cultura y las instituciones perdurables— el más trascendente es el de este último tipo y allí es donde se sitúa la genealogía. Porque a él pertenecen la familia, junto con el idioma, la religión, las costumbres y la tradición; porque la Historia y la Genealogía son las más humanas de las ciencias sociales.

Al conocer la historia de un linaje no es posible sustraerse a seguirla en sus relaciones con las tierras que le pertenecieron durante largo tiempo. El resultado de este tipo de investigaciones proporciona datos del mayor interés para la historia social y económica.

También del conocimiento genealógico surge otro terreno de investigación: la historia de pueblos y ciudades. Como en el caso anterior, esa historia es hecha en relación directa con los propietarios y habitantes. Se puede decir que así se crea

una fórmula nueva de historia local, rica y animada. Tal es la característica que exhibe el notable trabajo realizado por José Armando de Ramón y un equipo de profesores y alumnos de la Universidad Católica, titulado "Santiago de Chile 1650-1700".

Hoy la genealogía asimismo ha adquirido una enorme importancia como complemento de otras disciplinas, desligada de su papel de ciencia auxiliar de la Historia, como ser, en el campo de la estadística, los movimientos demográficos, los de la herencia, genética médica y evolución biológica. Por esto, en otros países de tecnología más avanzada, para emprender estudios genealógicos de vasta proyección ha sido necesario trabajar en equipo con especialistas en diversas ciencias y con el apoyo de las universidades e institutos científicos.

Cabe la posibilidad y la esperanza de que en el futuro, en Chile, los estudios genealógicos también se encaucen en nuevas rutas, como las señaladas, con el sostén de las universidades y la incorporación de técnicas modernas, como la computación y la informática.

Al poner término a esta disertación, quiero una vez más evocar la egregia figura de don Juan Luis Espejo, auténtico hidalgo de vieja cepa castellana y chilena. En vida conquistó un sitio de honor entre los genealogistas americanos y el liderazgo indiscutible de una generación de genealogistas chilenos. Al honrar su memoria, podemos valorar con la perspectiva del tiempo que su labor fecunda constituye un precioso legado para los investigadores de hoy y del mañana, y que por encima de sus relevantes méritos, sobresale uno que es el mayor de todos: enalteció la genealogía chilena, situándola en un lugar prominente y digno junto a la Historia.